

Mira la segunda advertencia al opúsculo penúltimo de este volumen, publicado hoy, como decíamos, por la primera vez. Fué escrito desde el año de 1860; pero, concluido cuando el orden de cosas de entonces estaba á punto de desaparecer, ya no fué prudente y casi ni posible publicarle. Mas como los puntos que toca el Señor Aldham son precisamente el tema de la *Revolucion*, el interes de nuestra defensa, con motivo de ellos, es mayor cada dia, y mui principalmente hoy que la prensa anticatólica de dentro y fuera del pais vuelve sin cesar á la carga, en su perseverante sistema de hostilidad contra la Iglesia de Jesucristo y su ministerio. Sin embargo, aunque publicado actualmente dicho opúsculo, no se ha innovado en él sino aquello que era indispensable para su método, claridad y corrección. Si ahora escribiésemos sobre los diversos puntos á que tal opúsculo se refiere, entraríamos en consideraciones del mayor interes por el cambio radical que en México se acaba de operar con la inauguracion del Imperio; mas hemos preferido reservarnos para un escrito que tenemos intencion de publicar mas tarde con tal motivo, y no mezclar en aquel cosas que pertenecen á épocas tan diversas.

¡Ojalá los escritos contenidos en este volumen sirvan de algo para rectificar las ideas en materias de tan vital importancia! Tal ha sido á lo ménos nuestra intencion, persuadidos como estamos de que todos debemos cooperar á la grande obra de restauracion religiosa, moral y social, por que suspiran los buenos hijos de este pueblo, herido de muerte por el azote continuo de una revolucion que ya cuenta medio siglo.

SERMON DE EXEQUIAS.

SOBRE

## LAS GRANDEZAS

DE

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

PREDICADO

EN LA PARROQUIA DE PAZTCUARO EL VIERNES SANTO 25 DE MARZO DE 1842,  
A LAS NUEVE DE LA NOCHE.

*Vidimus gloriam ejus, gloriam quasi unigeniti á Patre, plenam gratia, et veritatis.*

Hemos visto su gloria, gloria cual el Unigénito debía recibir del Padre, lleno de gracia y de verdad. *S. Juan, cap. 1.º v. 14.*

PARA desempeñar dignamente, señores, en esta vez el ministerio de la palabra santa, seria necesario estar poseido de aquella celestial inspiracion que admira el Universo en la narracion del mas profundo, misterioso y sublime de los evangelistas. El acontecimiento que celebra la santa Iglesia en este dia despierta mil recuerdos en el alma, excita innumerables sentimientos, y todos de un orden tan elevado, que ha menester para sostenerlos de una fuerza superior, de aquella fuerza que suele Dios comunicar á los que están encargados de anunciar sus prodigios y publicar su gloria. ¿Pero cuál es este acontecimiento, católicos, y qué motivo nos reúne á todos al presente en la casa del Señor? ¡Ah! esta luz melancólica cuyos débiles rayos apenas interrumpen las tinieblas en que está envuelta la naturaleza, esos monótonos y pausados conciertos que no ha mucho acabamos de escuchar, en los cuales prorumpia el Profeta inconsolable á la vista de Jerusalem desolada; este silencio augusto que parece encadenar hasta el aliento en el recinto del Santua-

rio; ese monumento enlutado, esa urna venerable, custodiada por llorosos genios que cambian hoy la vestidura de luz por el luto de la tierra: todo nos anuncia la muerte del Hombre-Dios, todo manifiesta que celebramos el aniversario del Rey por esencia, las horas fúnebres de Jesucristo.

A la vista de tan grandes objetos, el corazón se siente oprimido, se apodera del alma una santa desolación, los suspiros interrumpen de tiempo en tiempo este silencio religioso, y los ojos se inundan á cada paso en un torrente de lágrimas.

Pero, ¿qué! ¡lágrimas y dolor exige de nosotros la vida y muerte del Redentor del mundo! ¡Ah! ¿Qué sería del hombre sin esa tumba? ¿Dónde estarían sin ella su consuelo, su esperanza y su felicidad? Si yo viniese aquí á ofrecer los últimos honores á un monarca de la tierra, pintaría su magnificencia y exaltaría sus glorias, á fin de que, viéndolas vosotros abandonarle para siempre en el sepulcro, comprendiéseis, á la luz del Evangelio, cuán triste es la inmortalidad que otorga el mundo á sus grandes. Mas no se trata, señores, de arrebatár la admiración con la pintura de esa triste celebridad; no vengo aquí á sacar de la vanidad humana lecciones terribles y útiles desengaños: se trata de contemplar la única y sólida grandeza; vengo directamente á exponer á la veneración pública la verdadera gloria, la gloria por excelencia, la gloria del Mesías, y para hablar con el Evangelista, la gloria que el Eterno Padre había de comunicar á su Hijo unigénito: *gloriam quasi unigeniti á Patre*.

¿Cómo pintarla? Nuestros discursos tienen siempre un término; las grandezas de Jesucristo no le tienen. Mas ¿qué! ¿no contamos por ventura con otros medios de celebrarlas que nuestros limitados pensamientos? Nuestro ministerio no está reducido á los mezquinos discursos de la razón: el orador cristiano cuenta siempre con esa profunda sabiduría que para la enseñanza y edificación de su Iglesia, le ha dejado el Señor en el depósito de los Libros santos; y yo mismo, á pesar de toda mi pequeñez é indignidad, no necesito mas que abrir esas páginas venerables, para mostrar en ellas á mi auditorio la fuente inagotable de tanta grandeza y de tanta gloria.

Una y otra, señores, resplandecen altamente en aquella plenitud infinita que lo comprende todo: sabiduría, bondad, misericordia, poder; en aquella plenitud eterna de gracia y de verdad que admira el evangelista San Juan en la Persona del Mesías: *plenum gratia, et veritatis*. Estas dos palabras encierran maravillosamente los grandes atributos de Jesucristo. Plenitud de verdad que anuncia la sabiduría del Verbo; plenitud de gracia que anuncia las perfecciones infinitas y los méritos del Hombre-Dios; plenitud de que todos

hemos participado sin que padezca detrimento alguno en su fuente. Aquí reconoce nuestra razón que las glorias de Jesucristo no están reducidas á una porción del espacio, ni sujetas al cómputo mezquino del tiempo; que aun humanamente hablando, su historia es la historia del mundo; que su nombre ha sido, es y será universal y perpetuamente venerado, y que hablar de las grandezas de Jesucristo es abismarse en la inmensidad y eternidad de Dios.

Mas no siendo posible referirlo todo, y habiendo de sujetarme, en una materia tan vasta, dentro de los estrechos límites de un discurso, permitidme que os hable de tres cosas que inician en cierto modo á la razón humana en los altos misterios de esta plenitud infinita. La predicación de Jesucristo, la historia de su vida, el establecimiento y la conservación de su Iglesia: hé aquí, católicos, la sabiduría por excelencia, la santidad eterna, el poder sumo del Redentor del mundo, los dones inefables con que el Verbo hecho carne se ha dignado enriquecer á la pobre humanidad, la luz que ha civilizado al mundo, el poder que ha extendido entre los hombres el imperio de la virtud, y la misericordia que ha celebrado la feliz alianza del cielo con la tierra. Admirémos pues en esta noche, consagrada justamente á los mas santos y gloriosos recuerdos, admiremos, digo, cuanto cabe en la condición humana, una verdad que disipó las tinieblas del Universo, una vida que hizo nacer la virtud y la sostiene con el ejemplo mas sublime, un poder, en fin, que fundó un reino inmortal. Plenitud de verdad que destruye el imperio del error; hé aquí la doctrina de Jesucristo: plenitud de gracia que confirma esta verdad con los ejemplos, á fin de plantar en la tierra la virtud; hé aquí las acciones, los padecimientos, la muerte ignominiosa de Jesucristo: plenitud de gracia y de verdad eternamente unidas, de verdad que dirige, y de gracia que ejecuta y conserva: hé aquí la Iglesia de Jesucristo. Mas yo no debo desplegar mis labios, hermanos míos, sin postrarme ántes con vosotros delante de eseadero, escándalo para el judío, locura para el gentil, consuelo y apoyo, poder y sabiduría para nosotros, que por la gracia de nuestro Señor Jesucristo hemos renacido en el Espíritu Santo.

¡Oh Cruz! Yo te saludo con la Iglesia Santa. De tí penden hoy la esperanza y la inmortalidad: en tí se halla el manantial perenne de la sabiduría y de la misericordia: tú eres la fuerza y la unión de la palabra evangélica. Que descienda, pues, á mis lábios una gota siquiera de ese licor dulcísimo y fecundo con que se dignó enriquecerte el Hijo de Dios: porque esto me basta para celebrar dignamente su gloria á la vista de su sepulcro y en medio de su pueblo. ¡Oh Cruz, ave: &c!

## PRIMERA PARTE.

Siguiendo con fidelidad el curso de los tiempos, para venir á la época de su plenitud, en que Jesucristo habia de presentarse extendiendo sus augustos brazos, á fin de reunir en la sagrada colina del Calvario y al pié de su Cruz á todas las naciones, nuestro espíritu se eleva por un impulso irresistible á contemplar las causas de un acontecimiento que nada tiene de comun con lo que mas admira la historia en la vida y en las acciones de los sabios y de los reyes. La filosofía, señores, que se lisonjaba en aquel siglo de haber atesorado un gran número de verdades; la filosofía que en el silencio de una reserva misteriosa llegó á comprender la vanidad y aun el ridículo del culto que tributaba la superstición á las divinidades del paganismo; la filosofía que mas de una vez habia ocupado el trono de los césares, apuró en vano sus recursos para extender y uniformar todas sus convicciones. Las creencias de los sabios, si es que alguna tenian, eran tan varias como los sistemas filosóficos; y la idea de trasmitirlas á los pueblos, y con mas razon la de reunirlos á todos en una sola creencia, fué ya un designio que traspasaba con mucho los límites de la posibilidad humana. Envueltos en las tinieblas mas densas, los pueblos todos hacian del error una profesion pública, tanto mas obstinada cuanto mas lisonjaba sus brutales pasiones. Condiciones únicas, condiciones incommunicables, condiciones incapaces de confundirse, eran absolutamente precisas en el grande y sublime Personaje que habia de bajar de los cielos con el fin de reunir en un punto las persuaciones y las creencias, disipando las tinieblas que envolvian á la tierra y regenerando el entendimiento de los hombres con la manifestacion de su verdad. Hé aquí, señores, el primero de los timbres que ofrecen á la veneracion del Universo la vida y las acciones gloriosas de Jesucristo Señor nuestro. ¿Mas cuáles fueron las condiciones con que se hubo presentado á fin de realizar tan prodigioso designio? Los sabios no se atrevian á revelar á los ojos del pueblo la vanidad del paganismo, porque su autoridad habria sido desechada; mas Jesucristo presenta los títulos de su mision divina: las verdades que solian enseñar aquellos, se hallaban confundidas con un sin número de errores, no tenian enlace, no formaban sistema, no podian, en suma, mejorar la condicion del hombre; mas Jesucristo señala su doctrina con caracteres que subyugan irresistiblemente la razon humana.

En primer lugar, da testimonio de su mision divina. Un pueblo profético llena con su historia el prodigioso curso de cuarenta siglos; y esta historia, cuya primera página muestra el principio de las cosas, el nacimiento del mundo y la creacion del hombre, el origen del mal y la promesa de su remedio; esta historia donde vemos figurar tantos pueblos y tantos reyes, resplandecer tanta magnificencia y tanta sabiduría, aglomerarse tantas acciones inmortales y tantas glorias diversas; esta historia donde admiramos el esplendor del culto, los timbres del sacerdocio, la sabiduría de las leyes, el gobierno de los pueblos; esta historia tan fecunda en resultados, tan variada en acontecimientos, nada encierra, católicos, que no tenga por objeto el anuncio de Jesucristo: Jesucristo ocupa todas sus páginas; él es la fuerza que sostiene todas las instituciones antiguas, el objeto figurado en todos los acontecimientos de Israel.

Recorred todas las épocas que la historia cuenta, desde la falta deplorable de la primera muger hasta el parto glorioso de la Virgen Madre. ¿Dónde no encontráis á Jesucristo? En el Paraíso es prometido por Dios á la estirpe delincuente; en el Diluvio es representado en la Arca misteriosa. Abraham merece, como una recompensa de su fidelidad, la infalible promesa de que habrá de salir de su generacion aquel por cuyo medio habian de ser bendecidas todas las naciones. Moises baja de las cumbres del Sinaí las tablas de una lei que habia de recibir su complemento en la cima del Calvario. Mas tarde Salomon dedica al verdadero Dios aquel templo magnífico, donde todo representa dignamente al Redentor del género humano. El triste cautiverio de Babilonia y su gloriosa libertad son apenas una figura imperfectísima de la regeneracion que Jesucristo vino á producir en el Universo. Ved, señores, al Mesías en todas partes: vedle bajo la cuchilla sacrificadora de Abraham: ved su sacrificio incruento, su sacerdocio, su reinado y hasta su generacion misteriosa en la persona y en la oblation augusta del gran sacerdote Melquisedech: reconocedle en el altar de los holocaustos, en la tribu sagrada de Levi: adoradle con el Salmista-Rey á la diestra de su Padre: ved, en fin, cómo vive en el corazon de los patriarcas, y con cuánta magnificencia es anunciado por la voz de los profetas.

¿Mas qué veo, señores, en la plenitud de los tiempos? Nuevos y solemnes testimonios de Jesucristo. El espíritu de Dios abre milagrosamente los labios de Zacarías, y de ellos se levanta hasta el cielo aquel himno profético de honor, de gratitud y bendicion, aquel himno en que canta la gran visita del Señor á su pueblo, la redencion por tantos siglos esperada, el advenimiento del Mesías, luz divina que habia de iluminar á tantos pueblos sumergidos en las

tinieblas, en las sombras de la muerte." Impelido por una fuerza sobrenatural, el anciano Simeon penetra en el Templo; toma en sus brazos al niño; y á la vista de este Supremo Rey que habia traído la salud á las generaciones, y en la embriaguez dulcísima de un gozo puro y celestial, interrumpe la ceremonia religiosa con el cántico sublime de su muerte. "En fin, Señor, exclama, llegó la hora feliz que aguardaba con impaciencia tu siervo: voi á morir en paz, porque mis ojos han visto al Salvador del mundo."

Una voz desconocida interrumpe el silencio del desierto. ¿Quién la ha pronunciado? El pueblo se sorprende á la vista de un personaje verdaderamente extraordinario. Su aspecto venerable, su vestidura humilde, el rigor de su penitencia, llaman fuertemente la atención general. "¿Quién eres tú? le preguntan los enviados: ¿Elias acaso! ¿por ventura el Profeta?"—"No soi, les respondió, no soi sino la voz del que clama en el desierto "preparad el camino del Señor." "En medio de vosotros está uno á quien no conocéis, el que ha de venir despues de mí, el que fué hecho ántes de mí, y á quien yo no soi digno de desatar la cinta de su calzado."

¿Cómo resistir, católicos, al poder de tantos y tales testimonios? Lo pasado y lo presente, los hombres y los acontecimientos, las ceremonias y las leyes, todo se reúne á fin de mostrar en Jesucristo al Hijo de Dios. Pero no es esto todo: visitad conmigo aquella montaña célebre donde Cristo se trasfigura. ¡Oh escena verdaderamente sublime! ¡Oh cuadro divino que pasma la inteligencia y encadenas la admiración! Jesucristo aparece revestido de magestad, cubierto con los rayos de su gloria: tiene á sus lados al grande Elias y al Gefé del antiguo pueblo: á sus piés caen los apóstoles, incapaces de sostener el esplendor de aquella magestad. ¿Qué misterio se encierra en este acontecimiento? ¿Por qué causa la gloria del Emperio aparece á los hombres en la cumbre de esta montaña? Que cese vuestra duda, católicos: se trata de Jesucristo; y su Eterno Padre, no contento con verle de tantos modos figurado y predicho, quiere anunciarle por sí mismo y consagrar con su testimonio inmediato en el culto de las generaciones la nueva verdad que iba á ser anunciada por él á todo el Universo. "Este es, dice, mi Hijo mui amado, en quien me he complacido desde la eternidad: hombres, oidle."

¿Y qué diré de los testimonios que Jesucristo da de sí mismo? ¿Su Evangelio acaso será ménos recomendado por ellos, que lo habia sido por la voz de toda la antigüedad, por el anuncio de los profetas contemporáneos á su nacimiento, por su Precursor en el desierto y por su Eterno Padre en el Tabor? ¿Quién podria re-

ferirlos todos? ¿Dónde está la elocuencia que baste á ponderarlos? El alma se pierde, católicos, en ese abismo infinito de grandeza y de poder. Habla Jesucristo, y todo se rinde á su palabra: el cielo le escucha, la naturaleza le acata, el infierno le obedece, la tierra le admira. No se necesita mas que una palabra, ¿qué digo? un acto de su voluntad basta para que se realicen los mayores portentos. No me empeñaré, sin embargo, en seguirle con vosotros por la vasta carrera de sus milagros: ninguno los ignora, y todavía recordamos con trasporte los paralíticos que recobran el movimiento, los demonios que abandonan despavoridos el seno de sus víctimas, las tempestades que se sosiegan á la presencia del Rey de la naturaleza, los discípulos marchando por la superficie de las aguas, los ciegos de nacimiento sorprendidos repentinamente con el cuadro magnífico de la creación, los mudos rompiendo con la palabra el silencio á que habian estado condenados toda su vida, los sordos escuchando, y los muertos, en fin, saliendo triunfantes del sepulcro.

¿Qué importa pues que haya desdeñado desde su cuna las vanas apariencias, el ornato fastuoso y la impotente fuerza de los grandes, para humillar con su palabra la razon altiva de los hombres, el que da tales muestras de su origen divino, el que así comprueba la mision que ha traído desde el seno de su Eterno Padre? ¿Qué importan las pajas de Belén y los humildes paños que le cubren, cuando vemos descender al establo el ejército de las potestades del cielo, cuando los ángeles cantan allí "la gloria de Dios y la paz de los hombres," y cuando aparecen confundidos ante el hijo de María el concierto rústico de los pastores con el magnífico y humilde homenaje de los reyes? No debemos extrañar, pues, que la predicación de Jesucristo haya condenado al silencio los vanos discursos de los filósofos y la voz impostora de los oráculos. Pero ¿son estos acaso los motivos únicos que sometieron á la palabra del Señor el espíritu del Universo y la razon de los siglos? Entrad, católicos, en el fondo de su doctrina; abrid el Evangelio; recorred allí las altas verdades que contiene; subid á su origen por la contemplación de su naturaleza. Sublime en sus misterios, una en su economía, universal en su inteligencia, santa en su moral, eterna en sus promesas: he aquí, los caracteres divinos con que se muestra y distingue la verdad de Jesucristo, para que el Universo todo reconozca y admire en ella la palabra infalible de la sabiduría del Hijo.

Sublime en sus misterios, esta divina verdad ilustra y ennoblece la razon humana, reemplazando con una luz purísima y eterna esas conjeturas de un día, timbres de los mayores sabios y magníficas pruebas de nuestra limitación y de nuestra nada. El dogma

sacrosanto de un Dios trino y uno, "el Verbo que existía desde el principio, que estaba en Dios y que era Dios" hecho carne en el vientre de una Virgen por obra del Espíritu Santo, para nacer en el tiempo, padecer y morir; el hombre condenado á la muerte por el pecado original, reconciliado con Dios por medio de Jesucristo, destinado á resucitar en el gran día en que ha de finalizar el mundo; el pan convertido en el cuerpo y el vino en la sangre del Cordero sin mancha, para quedar á los hombres hasta la consumacion de los siglos como una prenda de amor, en la cual Jesucristo habia de presentarse á los ojos de nuestra fe con el doble carácter de Pontífice que sacrifica y víctima que se inmola; la tierra formando con el cielo una sociedad perdurable, en que, unidos todos los miembros con la cabeza, que es Jesucristo, por la profesion de una misma fe, por la participacion de unos mismos sacramentos, por la identidad del culto, por la sujecion á unos mismos pastores, se manifiesta el cuadro perfectísimo de aquel rico y poderoso imperio en cuyo muro inexpugnable habian de estrellarse las oleadas furiosas que se levantasen del abismo; una ventura sin fin reservada á los justos, una desgracia sin fin destinada á los culpables; el mundo que corre fugitivo con todas sus ilusiones; "el tiempo que vuela presuroso á undirse para siempre en el seno de la inmóvil eternidad:" he aquí señores, un conjunto imponente, admirable, divino; una concurrencia misteriosa de sombras y de luz, en que la verdad, semejante á la nube de Israel, es toda claridad para el sencillo creyente, toda oscuridad y tinieblas para la soberbia razon que tiene el increíble frenesí de buscar en sí misma el primer principio y el último término de todas las cosas.

¡Oh filósofos! Estos misterios profundos encienden la ira en vuestro pecho, arrancan de vuestros labios el grito de rebelion, y arman vuestra mano sacrilega con el impotente dardo que arrojáis furiosamente contra el cielo. Mas ¿qué importan estas alarmas impías? Nada podréis contra la verdad. Sostenida con la palabra infalible del Sér por esencia, ni espera ni teme nada de vosotros: y ántes bien, para colmo de vuestra infamia, fijará su trono en el entendimiento humilde, miéntas vosotros, espantosamente hundidos en el fango de vuestros pensamientos, siempre agitados y siempre infelices, os fatigaréis inútilmente por hallar una fuerza que os asegure contra las amenazas de la fe, no gustaréis nunca los encantos de la verdad, ni bajaréis al sepulcro precedidos de la esperanza.

¿Qué os diré, señores, de la perfeccion maravillosa que muestra en su economía el gran cuerpo de doctrina que abraza la predicacion de Jesucristo, Señor nuestro? El primer indicio del humano

saber es y ha sido siempre aquella insoportable mezcla de verdades y de errores, y mui particularmente la confusion de máximas, de principios y de sistemas, donde el entendimiento humano se extravía cuando parece mas seguro. Ni hai puntos de contacto, ni centro de reunion, ni el mas ligero indicio de unidad. Se habla mucho, y se dice mui poco; se abraza todo, y no se estrecha nada: he aquí la sabiduría del gentilismo. ¿Qué otra cosa nos dicen aquellas sectas donde cada uno imaginaba el haberlo hallado todo, y donde nada nos sorprende tanto como el conjunto de las imposturas y de los errores, los laberintos en que se extravió tantas veces el genio de la ciencia, y las torcidas huellas que nos recuerdan todavía la incierta y vacilante marcha de la razon humana? Solo Jesucristo, hermanos míos, ha podido comunicar á su doctrina el órden y unidad estupendas que no solamente ilustran y llenan de admiracion al verdadero cristiano, sino que han arrancado mil veces aun al incrédulo los mas cumplidos homenajes. Hé aquí por qué miéntas una parte del mundo adora á Jesucristo como un Dios, otra parte le reconoce y admira como un sabio.

Las ideas de Criador y criatura nos llevan hasta el origen de la especie humana. En el acto mismo de presenciarse la creacion vemos abrirse á nuestros piés el camino que debe recorrer el hombre para llegar á su destino inmortal. Allí descubrimos nuestra dependencia gloriosa, nuestra limitacion: desde el sentimiento de nuestra nada nos elevamos hasta el origen del sér y el manantial de la sabiduría; y ya desde entónces esperamos únicamente de Dios la verdad y la lei. En esta primera página del mundo se nos presentan casi á un mismo tiempo el pecado que condena á toda la humanidad, y la promesa de un Redentor que ha de satisfacer á la justicia divina para salvar á los hombres. Los patriarcas, los profetas, las instituciones, la religion, los sacrificios, todo está íntimamente ligado á esta promesa; y aun ántes de nacer el Salvador del mundo, atraviesa ya con magestad los muchos siglos interpuestos entre Eva y María. Jesucristo llega: es Dios y hombre: su palabra exige la negacion de nuestro entendimiento, su lei el holocausto de nuestra voluntad. A este doble sacrificio está unida una recompensa eterna, así como á la pertinacia del incrédulo y á la obstinacion del pecador corresponde una desgracia que no ha de tener fin. La negacion de sí mismo íntimamente unida con la felicidad verdadera, la única sabiduría dependiente del sacrificio del entendimiento; el órden, la paz, el verdadero gozo, inseparables del sacrificio de la voluntad: he aquí un maravilloso sistema en que todo está unido á una idea capital, á la negacion de nosotros mismos.

Yo admiro, como es justo, hermanos míos, esta unidad perfecta y aquellos misterios sublimes; pero cuando paso á considerar la universalidad que tiene por su fácil inteligencia la doctrina de Jesucristo; cuando la veo tan sencilla como elevada, cuando las pruebas de una irrecusable experiencia me demuestran que este Divino Maestro se complace en prodigarla á los pequeños y sencillos, al paso que la rehusa severo á los sabios y prudentes del siglo, mi razon vencida sucumbe bajo el poder de este arcano. Recorred, si no, el inmenso campo del cristianismo; visitad con la imaginacion todas las clases, desde el palacio hasta la cabaña. ¿Quién ignora estos misterios? ¿quién no ha comprendido el conjunto de estas verdades? ¿á quién se oculta el superior designio que contienen? ¿quién no ha penetrado su maravillosa economía? ¡Ah! cuando busco la verdad y la lei, las reconozco igualmente en el idioma inculto del aldeano y en los labios balbucientes del niño.

¿Qué habia podido con su magnificencia y aparato la razon de los antiguos filósofos? ¿Cuándo mostraron ellos al pueblo los conocimientos que ofrecian á la admiracion? ¿Qué habia sido la parte mas numerosa de la sociedad ántes que la Cruz de Jesucristo derramase aquella sabiduría profunda, á cuya única posesion aspiraba el apóstol de las gentes? Los sacerdotes en Egipto, los magos en Persia, los brachmanes en el Indostan y los filósofos entre los griegos, ¿qué fuéron, decidme, sino arcaes cerradas de ilusiones é imposturas? Parece que penetrados de la vanidad de sus pensamientos, mantenian la ciencia envuelta de continuo en las sombras del misterio, recelosos de una publicacion que hubiera comprometido su celebridad. El pueblo lo ignoraba todo, hasta el abismo de su degradacion. Estaba reservado á Vos, ¡oh Jesus! derramar sobre esta ruda y extendida mole la inmensa copia de vuestra sabiduría, haciendo por este medio que en vuestra Persona reconociera el Universo con el Evangelista la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo: Mas no nos detengamos aquí, porque es necesario considerar tambien esta doctrina en la santidad de su moral.

¿Quién otro que Jesucristo, pudo haber dado á sus preceptos un carácter verdaderamente celestial? Su reino no es de este mundo, sus leyes no están sujetas á las vicisitudes del tiempo, su doctrina es verdaderamente santa. La práctica de esta doctrina hace reinar al Espíritu Santo en el corazon, y la observancia de la lei es un vínculo indisoluble que parece unir al cielo con la tierra. Dios en el hombre, el hombre en Dios: he aquí la moral de Jesucristo. Somos por ella una cosa que no pertenece á la tierra. El entendimiento se levanta sobre las alas de la fe en busca del grande objeto hácia donde le

impelpe sin cesar el fuego del amor divino. Donde el Evangelio se observa como la regla universal no hai sacrificio costoso, no hai empeño difícil; y desde el individuo que obedece hasta el caudillo que manda no se ve mas que un comercio dulcísimo de condescendencia cristiana, que afirma incesantemente el imperio de la paz, hace reinar juntas la virtud y la sabiduría, y franquea por todas partes las avenidas de la felicidad.

Como la mision de Jesucristo fué restablecer á los hombres en los derechos á la felicidad, que habian perdido por el pecado original, el nuevo reino que fundó en el mundo se dirige nada ménos que á poner á todos los hombres en la posesion inamisible de Dios, que es la ventura celestial. Pero qué! ¿esta moral santa, cuyo inmediato objeto es la eternidad, no ha venido tambien á dar paz á los hombres dentro de los límites del tiempo? Antes de Jesucristo la historia de las instituciones humanas parecia dirigirse á vencer al mundo de que no habia medio ninguno para la política en la fatal alternativa de la insurreccion y de la tiranía. Jesucristo fué con la santidad de su lei el que sancionó la libertad de los pueblos, “borró la infame definicion de esclavo del código de las naciones,” sentó los principios de la sociedad y dió una constitucion al Universo. “Sabéis, dijo á sus apóstoles, y en ellos tambien á cuantos hubiesen de gobernar segun el Evangelio, “sabéis que los príncipes “de las naciones dominan sobre ellas, y que los mas grandes ejercen en ellas el poder. No será así entre vosotros; sino ántes bien, “el que quisiere ser mayor sea vuestro criado, y el que quisiere ser “el primero sea vuestro siervo: porque el Hijo del hombre no vino “para ser servido, sino para servir y dar su vida por la salud del “mundo.”<sup>1</sup> ¿Lo habéis oido, hermanos míos? Jesucristo acaba de tirar la línea que divide política de política, y gobiernos de gobiernos. Los pueblos no son ya el patrimonio de sus soberanos, sino el blanco de la beneficencia y un objeto de la mas tierna solicitud para los que son llamados al honor terrible de regirlos. Mandar es santificarse en los puestos públicos, es servir á los súbditos con celo, sacrificarles el tiempo, los gustos, la quietud propia, la prosperidad y hasta la vida. Pero ¿quién ha establecido esta máxima? El mismo, católicos, que ha comunicado á la persona del que gobierna un carácter santo y venerable, el que ha inscrito las leyes que se promulgan en la tierra, entre los preceptos que Dios ha impuesto á los hombres, el que, uniendo á la sancion de los sentidos la sancion del espíritu, ha santificado la obediencia. Nada tuvo ya

<sup>1</sup> Math. cap. XX, vv. 26, et seq.

de humillante el título de súbdito, y glorioso fué obedecer á las potestades de la tierra desde que se dijo á todos los pueblos por la boca del Apóstol: "Todos están sometidos á las potestades superiores: porque no hai autoridad que no venga de Dios, y él es quien las ha ordenado. Así, pues, el que resiste á la potestad, resiste á la ordenacion de Dios . . . El príncipe es el ministro de Dios para el bien . . . Es pues, necesario que le estéis sometidos, "no solo por el temor del castigo, sino tambien por un deber de conciencia." <sup>1</sup>

¡Pero cuál es, hermanos míos, esa fuerza superior que sostiene á los discípulos de Jesucristo en la práctica de unos deberes tan penosos, que á no verlos cumplidos con tan exacta fidelidad, nos veríamos tentados de creerlos incompatibles absolutamente con la naturaleza humana! Las altas y sublimes promesas. Vengamos pues á esta parte, la mas dulce y consoladora de la doctrina evangélica; vengamos á la verdad práctica, al destino de nuestra existencia, á los misterios del sepulcro, á esta esperanza divina que nos desprende de la tierra, que dulcifica todas las amarguras de la vida, que triunfa de la adversidad y trasforma en atractivo á los ojos del verdadero cristiano cuanto habia tenido hasta entónces de triste y desesperado la muerte. Trasladémonos con el espíritu á esa montaña para siempre célebre, lugar de cita para los grandes y los pequeños, desde la cual recuenta sus escogidos el Salvador del mundo, muestra su reino á todas las generaciones, y traza la única senda por donde puede llegar el hombre á incorporarse dentro de sus muros eternos. ¡Qué tiene de comun esta felicidad con la que el mundo prometia! Era ésta, señores, una deidad encantada, que inflamaba de continuo los deseos del hombre seducido, é incesantemente burlaba sus locas esperanzas. ¡Infeliz! ¡queria conciliar la dicha con el crimen, y descubrir tras el velo de las pasiones la imágen de la virtud y la paz inefable del corazón!

¡A vosotros estaba reservada esta ventura, hijos de la tribulacion, desechos del mundo; á vosotros todos, los que no teniais sobre la tierra sino una triste y miserable cabaña, los que anhelabais por la justicia sin embargo de la persecucion, los que disfrutabais la deliciosa paz de una conciencia pura, los que siempre habiais hecho sentir la benigna influencia de una mano amiga en el endurecido pecho de vuestros adversarios!

¡Bendito sea Dios, hermanos míos, que llegó el tiempo de ser sabios sin ser filósofos, de obtener á título de pobreza el reino ce-

<sup>1</sup> Ad Rom. cap. XIII, vv. 1.º et seq.

lestial, y encadenar con la mansedumbre del alma todas las potestades de la tierra! "Bienaventurados los pobres, bienaventurados los mansos, los pacíficos, los misericordiosos, los que padecen la persecucion." Consuélate ya, madre sin ventura, pues no tienes que mendigar de los hombres un pan de lágrimas, constantemente pedido y desdeñosamente negado. ¡Oh infelices! subid en multitud á las colinas de Sion, para anunciar vuestro reinado á los ricos de Babilonia: "Bienaventurados los que han hambre." *Beati qui esuriunt.*

¡Admirable transformacion! ¡Quién hubiera imaginado que la felicidad estaba en tan diverso rumbo del que los hombres ávidamente recorrian, en el extremo opuesto de las riquezas que todo lo ganan, del poder que todo lo somete, de la guerra que todo lo humilla, de la venganza, en fin, colocada por el orgullo en el rango de los nobles sentimientos! ¡Qué te resta pues para tocar las cumbres de la dicha, familia inmensa que gimes bajo el insoportable yugo, sino asirte de tu propia desgracia, como de un puerto seguro de salvacion? Hombres de mérito á quienes desconoce la envidia, almas esclarecidas á quienes empaña el inmundo aliento de la calumnia, genios de la caridad á quienes persigue la ingratitude, no temáis: que ya se adelanta desde la diestra de su Padre á enjugar vuestras lágrimas el que interrumpió el llanto del infortunio con este grito de salvacion: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados." Llorad pues, almas escogidas; mas llorad con el consuelo inefable de que vuestro Padre celestial recoge en su seno vuestras lágrimas, las purifica, las ennoblece, y objeto son ellas á sus divinos ojos de una eterna predileccion.

¡Oh verdad! ¡hé aquí tus caracteres, hé aquí tus triunfos! ¡Oh soberana razon que todo lo ilustras y todo lo sometes! Te admiro en tu sublime sencillez, te adoro en tu santidad augusta. Hé aquí, católicos, una obra maravillosa. ¡Quién podría elogiarla bastante! ¡Cuán pequeña es la razon humana para elevarse á tan inmensa altura! El mundo estaba sumergido en las tinieblas: crímenes contaba la historia en sus anales, errores é imposturas la filosofía en sus escuelas. Inútilmente habian aspirado todos al imperio de la razon: las sectas impelían á las sectas; los sofismas triunfaban de los sofismas; empeñábanse en escandalosas lides los errores con los errores, y parece que la noche habia corrido su negro manto sobre los hombres y la naturaleza. Nada podia ya esperarse de aquellos, ni el entendimiento era capaz de ser regenerado, sino solo con un soplo de vida como el que animó al primer habitante del Paraíso. Hé aquí la obra de Jesucristo: baja desde la gloria de su Padre, se

digna vestirse de nuestra pobre naturaleza, pasa en el humilde retiro doméstico todos los años de su vida privada, sale de aquí á emprender su carrera pública, marcha sobre las huellas de su precursor, abre sus labios, y la verdad invade al Universo, y el entendimiento queda regenerado.

Pero esto no es bastante, católicos: en la perfeccion eterna de las obras de Dios todo ha de rendir humildes tributos á su gloria: que no desfallezca vuestro corazon ante la severidad de la lei; pues si la verdad que la sostiene parece superior á la fuerza del hombre, Jesucristo no solo predica, sino que obra; no solo impone el precepto, sino que tambien le practica; y si sus labios anuncian la verdad, su vida toda es una escuela de perfeccion y un gérmen infinito de virtud.

## SEGUNDA PARTE.

Al recorrer, señores, la vida de Jesucristo, al ver el doloroso cuadro de sus padecimientos, nuestra razon parece lanzar un grito de extrañeza, y no sabe cómo, habiendo podido rescatar no uno, sino millares de mundos con la infinita eficacia de uno solo de sus suspiros, quiso pasar por una prueba tan dolorosa, sufrir todas las miserias y fatigas de la humanidad y ser combatido á un tiempo mismo por la ingratitude, por la envidia, por el zelo hipócrita y la estupenda crueldad de sus enemigos. Mas volviendo un instante sobre nosotros, sondeando cuanto es posible nuestra miseria y debilidad, y subiendo al fatal origen de aquellas trasgresiones que mas deben confundirnos en la presencia del Señor, comprendemos fácilmente cuánto importaba para nosotros el ejemplo constante que á nuestra santificacion ofrecen los crueles padecimientos del Salvador del mundo. Si este Padre de misericordia se hubiera limitado á predicar su Evangelio, si hubiera pasado su vida exento de las tribulaciones de la vida humana, si sus labios no hubieran probado la hiel, si el dolor no hubiera despedazado sus entrañas, si la perfidia y la ingratitude no hubieran contristado su pecho, si la persecucion no se hubiera cebado en su sangre, y si la muerte, en fin, no le hubiese cubierto con sus sombras, ¿quién de todos los nacidos hubiera puesto en práctica las verdades austeras de su moral? ¿en qué punto de la tierra hubiera encontrado su lei un asilo? ¿en cuál templo del mundo se hubieran elevado hasta Dios los incensos de la virtud? Hai una distancia tan inmensa desde el entendimiento hasta

el corazon, se halla el alma tan dependiente del imperio de los sentidos, es tan grande el influjo de la carne y de la sangre, tan flaca y débil la condicion del hombre, que no habria discurrido mucho tiempo desde la venida de Jesucristo, sin que la luz del Evangelio hubiera corrido entre el pueblo regenerado la misma deplorable suerte que la legislacion de Moysés en el pueblo judío, y la lei eterna de la naturaleza en las dilatadas regiones del paganismo.

Mas no era esta, católicos, la suerte que habia señalado Jesucristo á su reino: visible habia de ser, y todos los súbditos que le compusieran habian de tener, no solamente verdades que atesorar en su entendimiento, mas tambien dechados perfectísimos de virtudes que cultivar en su corazon. De esta manera la razon y la voluntad quedarian igualmente regeneradas, pues de una misma fuente habian de correr con abundancia infinita las verdades que ilustran, las virtudes que santifican, los remedios que sanan y las gracias en fin, que alimentan el espíritu y sostienen los pasos vacilantes de la criatura por los caminos de su eterno fin. He aquí por qué se hizo hombre Jesucristo: se hizo hombre para ser como nosotros, para experimentar los dolores de la naturaleza humana, para sentir como nosotros todas las penas y vicisitudes de la vida, y saber por experiencia propia, como se explica Isaías, las enfermedades del hombre: *scientem infirmitatem*.<sup>1</sup>

Era preciso, hermanos míos, que á causas opuestas correspondieran efectos tambien opuestos; que la inmolation del orgullo pusiera término á las calamidades inauditas que trajo consigo la soberbia; que Jesucristo eligiera el extremo contrario del que escogió Adán: finalmente, que el que era Dios se hiciera hombre, para contener el torrente infinito de males y miserias que precipitó sobre todas las generaciones aquel mortal con haber pretendido levantarse desde su esfera de hombre hasta el rango excelso é infinito de un Dios. He aquí el primer paso de la carrera del Mesías y el fundamento de las virtudes que vino á instituir y multiplicar en la tierra. Este es el tema de su vida, y cada una de sus acciones es un testimonio santo, un ejemplo sublime con que ha querido consagrar la negacion de nosotros mismos en la admiracion de los ángeles y en el culto de los hombres. "Yo he bajado del cielo, decia, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió."<sup>2</sup> ¿Quién de todos los que me escuchan, quién de todos los hombres, á la vista de esta sujecion ilimitada, tendrá razones contra el Evangelio, pretextos contra la virtud, excusas finalmente, para sacudir

<sup>1</sup> Isaías, cap. LIII, v. 3.—<sup>2</sup> Joann. cap. VI, v. 38.